



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe
www.virgendeguadalupe.org.mx

Homilía pronunciada por **Mons. Dr. Enrique Glennie Graue**, Rector de la Basílica de Santa María de Guadalupe, Vicario General y Episcopal de Guadalupe y Presidente del Cabildo, en el II Domingo de Pascua.

8 de abril de 2018

Las lecturas que hoy hemos escuchado nos hablan del poder transformador de la fe pascual. El libro de los Hechos de los Apóstoles (1ª. lectura) hace ver cómo la fe en Jesús resucitado se traduce en comunión de vida y de bienes entre los creyentes. San Juan en su 1- Carta considera como un nuevo nacimiento el poder transformador de la Resurrección de Jesús en nosotros, que nos capacita para «*vencer al mundo*». El mismo San Juan en el Evangelio nos recuerda que la experiencia de Cristo Resucitado hace de los Discípulos un grupo valiente, alegre y transformado en comunidad misionera.

En el Evangelio encontramos dos escenas claramente diferenciadas, pero íntimamente relacionadas entre sí. En la primera escena el Evangelista nos relata lo que podríamos llamar la «*aparición oficial*» de Jesús a sus Discípulos. En ella no solamente nos dice que Jesús se aparece; el Evangelista menciona en pocas palabras el cumplimiento de las promesas mesiánicas: los dones de la paz, de la alegría, de la reconciliación y del Espíritu Santo. Por otra parte nos habla de la transformación operada en el corazón de los Discípulos, que pasan del miedo y la tristeza, a la alegría y la confianza, para ser testigos cualificados de la Resurrección: «*Hemos visto al Señor*».

La segunda escena tiene lugar, según el Evangelio, a la semana siguiente. Esta vez Jesús resucitado se vuelve a aparecer a todos, incluido Tomás. Con esta escena el Evangelio hace hincapié en la importancia de la comunidad como lugar privilegiado para vivir e interpretar la experiencia pascual. En esta escena se insiste en la relación entre el «*ver*» y el «*creer*».

El mensaje para nosotros, para nuestra fe, es: tenemos que hacer la experiencia personal de Jesús, vivir profundamente integrados en el contexto de la comunidad de la Iglesia y saber descubrir los «*signos*» del Resucitado en nuestra vida. Estos tres elementos nos permitirán no solamente creer de veras en Jesús, sino también confesar nuestra fe en Él ante nuestros hermanos: «*Señor mío y Dios mío*».

Nosotros somos de los dichosos que hemos «*creído sin haber visto*». Sin embargo el Señor ha estado grande con nosotros y nos ha permitido -como a Tomás- «*ver y tocar*» el Misterio del amor de Dios, transmitido a través de la Imagen Bendita de nuestra Madre Santa María de Guadalupe. Que su presencia junto a nosotros nos impulse a ser mejores cristianos y auténticos testigos de la Resurrección de su Hijo.